

Rosario Izquierdo  
Diario de campo

Epílogo de Cristina Consuegra

**Alianza** editorial

Primera edición en esta colección: febrero de 2025

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Imágenes de cubierta: © 21 Phukao (flores) y © barbaliss (libreta) / Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Rosario Izquierdo Chaparro, 2013, 2025

Autora representada por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

Del epílogo: © Cristina Consuegra, 2025

© Alianza Editorial, S.A., 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-881-5

Depósito legal: M. 24.560-2024

Printed in Spain

# Índice

1. Entrevista número seis	9
2. Burkas	39
3. Redes	63
4. Entrevista número dos	99
Epílogo	143



# 1. Entrevista número seis



La entrevistada número seis está contando que su madre le hizo creer desde niña que ella no servía para nada. No se recrea en episodios especialmente crueles ni se demora en la sordidez que haya podido rodear ese trabajo materno de desgaste psicológico. A veces guarda silencios expresivos y a continuación aclara, como si se diera cuenta por primera vez o hablase consigo misma, que no se lo decía por hacerle daño sino porque la madre estaba enferma, pero que no era mala, lo único es que a mí me costó un poco más de trabajo creerme que yo sí era capaz de hacer otras cosas, no solo de estar cuidando de ella, de mis hermanos chicos y de mi abuelo, vamos, que me costó un poco más que si a lo mejor hubiera sido mi madre de otra manera. Con este comentario y el silencio brusco y prolongado que le sigue, la entrevistada número seis se revela más hábil que otras mujeres como ella para acercarse a su propia historia con cierto distanciamien-

to y capacidad de síntesis. Mientras tanto la pequeña grabadora digital, silenciosa, de apariencia inofensiva, abre sobre la mesa que nos separa un surco por el que se cruzan preguntas breves y respuestas de una densidad que no les corresponde. No puedo evitar mirarla en algún momento para asegurarme de que sigue grabando, porque todavía me estoy haciendo con el manejo. Lo hago de reojo, intentando que la mujer no se dé cuenta, pero es inútil: son deslices que hacen que la entrevistada sea todavía más consciente de la presencia del aparato.

Pedí permiso al principio para grabar la entrevista, la conversación sobre trabajo que vamos a tener, dije, y saqué la grabadora. La mujer dejó escapar una risa corta, algo insegura, mientras se sentaba y ya estaba presente el aparato entre quien pregunta y quien responde, comenzando a excavar esa trinchera. Ella lo miró con timidez mientras yo le informaba de nuestra política de protección de datos y cuando dio su consentimiento lo encendí, deseando una vez más lo imposible: que la mujer se olvidase de la grabadora. Ya sé que las confesiones más íntimas e incluso los llantos vienen al final, cuando doy por terminada la entrevista, agradezco la colaboración y desconecto el aparato silencioso. Sé que lo más intenso sucede al apagarse la lucecita roja. Pero preferiría que no sucediera, ojalá no tuviera que suceder: yo no estoy buscando conscientemente esa intensidad porque, como intenté explicar el otro día ante los alumnos del curso de doctorado, no soy psicoanalista, ni periodista, ni practico el sensacionismo. Una alumna preguntó si era posible que la grabadora



actuase entre las entrevistadas y yo como detonante de sus confesiones. Contesté que no. Al revés. La grabadora actúa en todo caso como detonante de sus contenciones, si fuera posible detonar y contener algo a la vez. El detonante de la confesión es la pregunta en sí, la mera pregunta, el hecho de que alguien, por el motivo que sea, muestre interés por cualquier aspecto de la vida de mujeres cuyas opiniones y biografías no suelen interesar a las personas que las rodean, a las del barrio de al lado ni a las que viven más allá, en la ciudad visible, visitada por turistas. Quizá la grabadora dota a la entrevistada número seis de cierta elegancia al contar cómo su madre no supo quererla o educarla, porque la va a frenar, pero a pesar de eso la confesión va a ser rica y abundante, va a desbordar los límites de lo que hemos pedido.

Es cierto que debemos atenernos a unos tiempos y dirigir las respuestas por los derroteros que previamente habíamos marcado. Pero hay que saber escuchar, hay que respetar esa tromba, a la que prefiero asistir con cierto recogimiento antes que con la rígida actitud de marcar límites. Hay que dejar que la gente se exprese, y aprender de ella. Si vais a trabajar con personas en riesgo de exclusión social y a hacerles entrevistas en profundidad es mejor que os olvidéis de recetas inflexibles y reforcéis vuestra capacidad de escucha, dije en ese curso, y creo que fue el único consejo que di. Expliqué que estamos preguntando por el empleo en muchos casos a mujeres analfabetas, o víctimas de sus maridos, o que han sufrido desde niñas violencia dentro de la familia, o todo a la vez. ¿Cómo vamos a impedirles contar

eso? Lo que no dije es que bastante hago con permanecer atenta y conseguir que mi cara no muestre la emoción que me causan muchas de esas confesiones. Necesitan contarlo para poder explicarnos por qué no han estudiado, por qué piensan que no sirven para otra cosa más que para limpiar casas, por qué creen que nunca podrán tener un trabajo «normal», como ellas dicen. Quizá sea bueno para ellas verbalizarlo ante una desconocida o quizá da igual, no lo sé, pienso mucho en eso, incluso me alivia creer que el acto de la entrevista pueda tener un efecto terapéutico. El efecto inmediato de ser escuchadas. A lo mejor a mí tampoco me vendría mal que llegase una desconocida abriendo un paréntesis en mi rutina con su grabadora de última generación y me preguntara: ¿Y tú qué haces, en qué has trabajado antes, qué esperas del empleo, qué necesitas?

La grabadora evita el desbordamiento total, actúa como el muro de contención de un dique que reconduce solo, a veces sin mi ayuda, las trombas verbales de las mujeres, más rotundas en las de bajo nivel educativo que en las que tienen estudios, porque la pregunta a la que está respondiendo la entrevistada número seis cuando comienza a hablar de su madre no intentaba averiguar nada sobre su madre, claro está, la cuestión era otra y hubiera podido ser satisfecha con una respuesta mucho más breve. La entrevistada número cinco, por ejemplo, que tenía una diplomatura, resolvió pronto esa pregunta aunque luego se alargase en otras: dijo he trabajado en esto y en lo otro y en lo de más allá, y terminó. Sin embargo la misma pregunta se convierte ahora en un

traje que se queda demasiado pequeño ante el poder de esa confesión que toma cuerpo, un traje pequeño y de un tejido inapropiado para la delicadeza de lo que contiene. Y habrá un momento en que ella diga, motivada en parte por la presencia de la grabadora: perdone que le esté contando mi vida, o: es mejor que me corte cuando haga falta, porque yo me pongo a hablar y no paro. Es lo habitual. Como habitual es la vocación y la historia laboral de la entrevistada número seis, casi toda mi vida trabajando mucho y cobrando muy poco o sin cobrar, dice. Me cuenta que empezó a limpiar casas con doce años, sustituyendo a su madre cuando ella no podía. No es la primera historia que oigo en primera persona de niñas que limpian casas o trabajan en bares como algo impuesto por la familia, pero también admitido por los adultos que les pagan y por toda la gente que lo presencia. Alternaba eso con la escuela y con el cuidado de una vecina anciana a la que le habían amputado una pierna, que le pagaba bien a la madre y acabó siendo para ella como una abuela, dice. Mientras tanto llevaba la casa prácticamente sola, hacía la compra y la comida, cuidaba de sus hermanos varones de diez y ocho años y de su abuelo, el cual tenía una depresión profunda y según ella estaba «impedido». Pronto tuvo que dejar los estudios y siguió trabajando, dándole a la madre todo el dinero que ganaba. Declara que el cuidado a personas mayores es una vocación para ella, que su sueño era ser enfermera y que se arrepiente mucho de no haber seguido estudiando. Se manifiesta entonces la superficialidad de la pregunta previamente diseñada frente a la hondura del re-

lato espontáneo que está siendo recogido con una excelente calidad de sonido por mi nueva grabadora digital, y siento vergüenza.

Enunciada con una frialdad supuestamente profesional o técnica, y sobre todo en un tono de voz impersonal que sonará luego con una estridencia prepotente y me desanimará mucho al transcribir, más alto del que ahora emplea la entrevistada, la pregunta se me hace también vulgar y plana: «¿Cuál fue tu primer empleo?» O tal vez haya sido «¿En qué has trabajado antes?». No sé si tengo derecho a que esas pocas palabras asépticas me abran las puertas de tanta intimidad. Hogares repletos de gente, escuelas inhóspitas, calles y plazas devastadas, territorios de infancias y adolescencias y relaciones conyugales que a casi nadie más que a sus protagonistas les ha sido posible vislumbrar hasta ahora. El objetivo es otro, en apariencia: intentar establecer su trayectoria profesional con cierta lógica lineal, un antes, un durante, un después. Siempre acabamos descuartizando así la complejidad, por mucho que dejemos constancia en la parte teórica del informe de algunas sutilezas, como que en realidad sabemos que las trayectorias biográficas y profesionales se parecen más a un bucle o a una espiral que a una línea recta, y que las historias de vida dejaron de tener una lógica lineal para la sociología cuando Bourdieu explicó que habían dejado de tenerla para la literatura gracias a Faulkner o a Virginia Woolf. Esa supuesta línea se ve mil veces interrumpida en las mujeres que trabajan fuera de casa, fragmentada, truncada bruscamente y vuelta a retomar al cabo del tiempo. No obs-

tante sigue siéndonos útil la lógica lineal, sobre todo en investigaciones cortas pagadas con dinero público, en las que explorar el bucle se aleja demasiado del presupuesto.

Cuál fue tu primer empleo, en qué has trabajado antes o hasta dónde has estudiado son cuestiones que buscan delimitar el antes; en qué trabajas ahora o desde cuándo estás en desempleo y qué haces para buscar trabajo buscan el ahora, el durante; en qué te gustaría trabajar si pudieras elegir pretende esbozar la proyección de futuro. También preguntamos a las mujeres sobre sus redes personales como puentes para el empleo: qué personas conocidas crees que podrían ayudarte a encontrar trabajo o a cuidar de tus hijos mientras trabajas. Nadie, no tengo a nadie, solo a mi niña chica, me dijo el otro día una mujer muy joven que ha tenido que cambiar de ciudad para protegerse de su pareja y no mantiene contacto con la familia porque su padre y su madre la rechazan. El bucle y el presupuesto se llevan mal. Habrá luego que hacer una criba con todo lo que han contado y sentiré que tengo entre mis manos poderosas confesiones con las que apenas puedo hilvanar algo, pues acabaré redactando a toda prisa –porque se acaba mi contrato– un informe que intente reflejar cómo viven las mujeres el empleo y el desempleo. Yo misma soy una de ellas. Antes, durante y después. Parece fácil. Y debe parecer así de simple.

Comencé a acercarme a este barrio con precaución, como si fuera un hombre agresivo que me estuviera amenazando. La primera mañana era muy parecida a esta: el frío, la niebla y las mujeres ecuatorianas y marroquíes que viven en las ba-

rriadas de alrededor acomodándose solas o con sus bebés en el interior del autobús. Me bajé en el mismo sitio que hoy, justo en la frontera donde el autobús llega al punto más lejano de su recorrido con una cobardía que le impide internarse y se dispone ya –cerrando con un suspiro de alivio las puertas detrás de mí– a regresar al centro. Crucé al otro lado de la avenida, que aísla por el sur al barrio del resto de la ciudad. La niebla fría bajaba de los bloques y se colaba entre los contenedores para mezclarse con la basura de la calle. Era cuando ya se habían apagado las fogatas de la noche en las aceras y solo quedaban sus rastros carbonizados tiñendo suelos y paredes, solo la huella del humo congelada en la mañana de enero. Yo comenzaba a sortear cristales rotos y excrementos de perros, por eso apenas veía el cielo gris entre las alturas de los edificios. Todavía no se oía música saliendo de las ventanas, eso sería más tarde, cuando comenzara a despertarse la gente joven que dormía en el interior. El autobús que acababa de dejarme en la esquina se alejaba tras haber recogido a gente de las otras barriadas, y sin que nadie aparte de mí se hubiera bajado. No se veían personas que salieran del barrio para ir a trabajar, a estudiar, o se internaran en él a esas horas. Acababa de atravesar la ciudad humeante de café con leche y había visto gente activa, que entraba en las cafeterías a desayunar, caminaba deprisa o conducía sus coches hacia algún sitio, quizá por eso al entrar percibí con tanta fuerza la quietud extraña. Fue así un día y otro día. Solo al internarme comenzaba a ver cierto movimiento, que no era el ajeteo de la ciudad que había quedado a mis espaldas. Tal

vez aparecía saliendo de la niebla un hombre que también tenía prisa, pero no vestía ni se alimentaba igual que los que yo acababa de ver. Salía de la niebla para ir a una esquina, o acaso venía de esa esquina y se perdía en la niebla con pasos cortos y muy rápidos, sin mirarme, envejecido, con la urgencia de quien va a comprar mercancía que le es vital. Corre, compra, consume y espera en algún sitio a que llegue la hora de volver a repetir el mismo movimiento. Al principio me asustaba si en vez de un hombre eran dos, hasta que comprobé que tampoco por ir juntos reparaban en mí, que su prisa siempre era más importante que mi presencia. Pronto comencé a fijarme en unos pocos jardines que amanecían bien cuidados a los pies de algunos bloques, respetados por los fuegos de la noche y por la basura sin horarios. Me di cuenta de que esos jardines me ayudaban a adentrarme en el barrio como si alguien me diera amablemente los buenos días, y comencé a agradecer las flores frescas, el jazmín florecido en pleno invierno y los árboles que habían conseguido mantenerse a salvo una mañana más.

A primera hora no solía ver mujeres que fueran con la misma prisa de esquina que los hombres. Las encontraba más tarde, cuando salía para comprar un bocadillo o un zumo a la tienda de comestibles y el barrio comenzaba a despertarse. Ahí ya estaban las mujeres con prisas de esquina. Parecidas a ellos, puede que un poco menos sucias, algo más compuestas todavía, excepto las muy deterioradas, que iban hablando en voz alta, con sus parejas ruinosas, de papelas y precios. Pero abundaban las del carrito de la compra y zapa-

tillas de andar por casa, más bien con prisas de cocina, con risas escandalosas o miradas muy tristes. Lo normal, lo anormal. Igual que los hombres huidizos, que unas veces aparecían ante mí como víctimas y otras como verdugos, esos conceptos comenzaron inmediatamente a sufrir mutaciones, mientras yo buscaba la distancia adecuada para situarme como observadora imparcial, pues quería creer que esa imparcialidad era posible. A un lado pretendía estar yo y al otro lo normal y lo anormal, caras de una misma moneda que, como un yonqui de larga duración o una mujer entregada a la grasa y a la bollería industrial, adelgazaban o se hinchaban agresivamente ante mí distorsionando su significado aparente. ¿Acaso no había oído desde niña, en casa, que yo no era «una persona normal»?

Cuando la niebla se marchaba dejando humedecida la basura en las aceras, aparecían en la plaza algunos puestos de venta ambulante y era agradable ver las frutas y verduras, la ropa, los zapatos, los discos pirateados y la gente que compraba y vendía todas esas mercancías. Comencé a acudir cada mañana, sola o con alguna compañera, a la tienda de comestibles que había en la plaza. El olor del pan tostado, del café y los churros que preparaban en el bar de al lado, reconciliaba al barrio con la ciudad que había olido así tres horas antes. Cada cual tiene su ritmo, pensaba yo. Las personas, las esquinas, los barrios. Muchas veces me había rebelado contra la normalidad, por eso intentaba no juzgar, solo observar, respetar el movimiento, intentar acoplarme. Me repetía no juzgues y vete acostumbrando, seguirás viendo gente



como la que hay en cualquier barrio pobre, y también zombis acudiendo a las esquinas. No creas que te necesitan: solo puedes aspirar, de momento, a que te ignoren. Prevalecía no obstante la inquietud prepotente de querer arreglarlo todo, por lo menos de pensar que yo podría arreglar algo. Movida por esa especie de superioridad ingenua que da el haber pasado por la universidad y haber leído algunos libros que allí nadie había leído, veía muy clara la necesidad de iniciar procesos participativos, como una heroína capaz de sacar a todas esas mujeres del agujero. Seguía una lógica tan unidireccional como esta falsa conversación. Es decir, sin imaginar siquiera la posibilidad de que fueran esas mujeres las que me sacaran del agujero a mí.

La entrevistada número seis dice que sabe que por colaborar y hacer esta entrevista no van a darle nada, que le parece muy bien que nosotras investiguemos tanto y ojalá sirva de algo, pero que ella lo que quiere es que le den un trabajo en condiciones. Aunque le dije al principio que podía tutearme, parece que se siente más cómoda llamándome de usted. Me pide que la tutee yo a ella. Paqui, su orientadora, me ha contado que ha sido maltratada por su marido y que llegó aquí cuando acababa de separarse de él. Ella todavía no ha dicho nada de eso, pero es posible que lo mencione. Antes explica que no quiere contarme su vida, lo que pasa es que las preguntas que le hago parecen fáciles pero tienen «mucha tela que cortar», porque me pregunta usted por el trabajo, dice, me hace usted acordarme de cuando dejé los estudios, dice, ¿así cómo no voy a contarle mi vida? Opina que es

casi imposible que las mujeres de este barrio lleguen a la universidad, y supone que nosotras nos habremos esforzado, pero que también habremos tenido apoyo en nuestras casas porque si no, según ella, no se explica que una mujer llegue tan lejos. La entrevistada número seis piensa que yo he llegado lejos. Para ella, con un padre que «estaba preso» y una madre que «andaba mala con el alcohol», fue imposible seguir, no hubo manera, limpiando casas desde chica, dice, cuidando de todos, dice.

«Iniciar procesos participativos». Sonaba bien. Cuando iba en los autobuses que me acercaban al barrio, dejaba que la idea fuera creciendo y alimentándose de su propio eco, cada vez más redondo. El paréntesis de la casa y de los hijos había sido largo. Mujeres solas en el barrio, aisladas, sin redes de apoyo. Conforme hacía a pie el trayecto hasta la parada del autobús empezaba a sentir la cercanía de experiencias nuevas, diferentes a las que había tenido en los últimos años. A veces se disfrazaban con términos que establecían distancia entre ellas y yo, procesos de segmentación laboral y de transformación personal, necesidad de contactar con los agentes sociales necesarios.

El camino a la periferia aparecía sembrado de indicios excitantes que me estimulaban. Demasiado tiempo en situación de estatismo, y ahora esa promesa de acción. En los transportes públicos alumbraba ideas que me hacían llegar al zulo ligera y ágil, dispuesta a dejarme abrumar por las cifras que consultaría compulsivamente de nueve a doce, a embotarme de lecturas que para algo habrían de servir. Mo-

vimiento, justicia social, cambios. Para el barrio, para mí. Conocer a las mujeres, facilitar que se asocien, participen y trabajen. Ser, de una vez por todas, mujer «profesional», segura de mí misma. A media mañana lanzarme a las calles sin miedo, como una antropóloga decimonónica que acude a una tribu desconocida, llevada por el tam-tam hipnótico de tambores que la convocan en un continente lejano, dispuesta a olvidarse de sí misma y a absorberlo todo, desnuda de prejuicios o ideas preconcebidas.

Los retos aparecían en forma de esquinas mugrientas, viejecitas maltratadas por la vida y reyertas de toxicómanos que detectaba a una distancia prudencial, de las que acababa alejándome muerta de miedo. Ante los gritos de la tribu, el ruido de cristales rotos y las armas blancas que relumbraban bajo el sol, la opción metodológica más recomendable era escapar. Luego, con el corazón acelerado, me acercaba a la plaza, en la que desde un puesto ambulante alguien me ofrecía tres pares de bragas por tres euros. Me hicieron falta por lo menos diez días para dejar de mirar con estúpida altivez esos paquetes de bragas y comprarme uno. Diez días de reflexión sobre lo que es normal o anormal me parecen ahora demasiado, aunque tal vez no lo fueran entonces. Y eso supuso romper el hielo, la necesaria presentación oficial, un protocolo que nadie te enseña pero que es necesario pasar de una u otra manera pues, aunque sus habitantes parezcan no reparar en nosotras, saben bien quiénes somos y qué vamos a hacer allí. El barrio siempre nos conoce antes de que nosotras lo conozcamos.

Son muy buenas, de licra, me dijo estirando entre las manos unas bragas de muestra la niña que las vendía, una belleza de ojos castaños, pelo negro y no más de doce años, tal vez trece, aunque con cuerpo y experiencia de dieciséis. En realidad las bragas eran de algodón, pero ya me había dado cuenta de que la licra tenía fama de ser el material textil supremo en la placita de los puestos ambulantes, porque todo lo que voceaban lo ofrecían como licra: pijamas de licra, sujetadores, pantalones, vestidos y hasta delantales de licra. Ese desprestigio del algodón y del acrílico cien por cien, que eran en realidad los tejidos más comunes en el mercadillo, marcaba la expresión de la modernidad para aquellos consumidores entre los que ya me incluía por derecho con mi flamante paquete de bragas, y hermanaba los euros y el tejido elástico como máximos exponentes del confort, la elegancia y las novedades del siglo XXI al alcance del barrio. La muchacha que me las vendió movía los brazos y la melena como si estuviera bailando, tenía en la mirada una inteligencia luminosa, era elástica como la licra. Antes de preguntarle que por qué no estaba en la escuela pensé que sería mejor presentarme. Ella se llamaba Jessi y comenzó a hablar conmigo, a contarme que sí iba a la escuela, menos los días que tenía que vender, y que la maestra lo sabía y la dejaba. El padre joven y tatuado de Jessi me vigilaba con cara de pocos amigos mientras revolvía las bolsas de ropa, se fumaba un porro y gritaba, mirándome solo a mí: ¡Chandas de licra a seis leuros!, grito que venía a significar quítate, paya, de mi vista cuanto antes y págale ya las bragas a la Jessi, y me hacía recordar sutilmente

que el respeto a la cultura de los colectivos en riesgo de exclusión es prioritario. Así que pagué las bragas y me despedí de ellos, entré en la tienda de mostrador enrejado a comprar un bocadillo y un zumo y luego volví a mi oficina. La hermosa Jessi me despidió con su mirada luminosa y un *piercing* en el ombligo que asomaba entre el jersey y la cintura baja del pantalón, con la sombra de su padre sobre ella, más espesa que sus pestañas y más horadante que su *piercing*, desafian-do desde el mercadillo la silla vacía que había quedado en la escuela y mirándome como a alguien cuando menos incómoda para él, si no como a una enemiga.

No sé si puedo ayudarte como tú esperas, en realidad soy yo la que te está pidiendo ayuda, porque tu opinión sobre el trabajo en general, y también sobre lo que se hace aquí, nos interesa mucho. Ya te he dicho que psicóloga no soy. Si sacas el tema porque te parece que tiene relación con las preguntas que te hago, yo te escucharé con respeto y atención, pero siento no poder ayudarte. Cálmate, venga. No es necesario que entres en detalles dolorosos. Puedes hacerlo sin pasarlo mal.

Y se endereza, se observa las dos manos que pasa sobre la falda vaquera como alisándola, me mira. Le doy un pañuelo de papel, saco chicles de hierbabuena sin azúcar para las dos, lleno los vasos de plástico con agua mineral de la botella, que todavía está fresquita. La grabadora recoge el silencio entre nosotras. Me dan ganas de abrazarla. El pelo bien recogido, la ropa limpia. Se disculpa por haber llorado, dice que habrá sido al acordarse de su abuelo, que fue la única persona que le dio una educación.